



La Escalera

Lugar de lecturas



Visita al territorio de Banville

I

Se marcharon, los dioses, el día de la extraña marea. Las aguas de la bahía, toda la mañana bajo un cielo lechoso, habían crecido y crecido, alcanzando alturas inusitadas, las pequeñas olas inundaban una arena reseca que durante años no había conocido otra humedad que la lluvia y lamían las mismísimas bases de las dunas. El casco oxidado del carguero que permanecía encallado en la otra punta de la bahía desde tiempo inmemorial debió de pensar que iban a volver a botarlo. Después de ese día yo no volvería a nadar. Las aves marinas gimoteaban y se lanzaban en picado, nerviosas, al parecer, ante el espectáculo de ese enorme cuenco de agua inflándose como una ampolla, de un azul plumizo y un brillo maligno. Tenían, aquel día, una blancura antinatural, los pájaros. Las olas depositaban una orla de sucia espuma amarilla en el límite de las aguas. Ningún barco estropeaba la línea del alto horizonte. No nadaría, no. Nunca más.

Alguien acaba de caminar sobre mi tumba^[1]. Alguien.

El nombre de la casa es los Cedros, desde hace mucho. Un bosquecillo de esos rígidos árboles, de color marrón simio y hedor alquitranado, los troncos formando una maraña de pesadilla, crece aún en la margen izquierda, delante de un césped descuidado, y llega hasta la gran ventana en curva de lo que solía ser la sala de estar, pero que la señorita Vavasour prefiere denominar, en su argot de patrona, el salón. La puerta principal queda al otro lado, y se abre

a un cuadrado de gravilla manchado de gasoil que queda detrás de la verja de hierro, que aún está pintada de verde, aunque el óxido ha reducido sus puntales a una trémula filigrana. Me asombra lo poco que ha cambiado en los más de cincuenta años transcurridos desde la última vez que estuve aquí. Me asombra, y me decepciona, e incluso diría que me aterra, por razones que se me hacen oscuras, pues ¿por qué iba a desear algún cambio, yo, que he vuelto para vivir entre los escombros del pasado? Me pregunto por qué construyeron así la casa, de lado, encarando a la carretera un muro sin ventanas de enlucido granuloso; quizá antiguamente, antes del ferrocarril, la carretera tenía una orientación completamente distinta, y pasaba directamente justo delante de la puerta de delante, todo es posible. La señorita V. se muestra imprecisa con las fechas, pero cree que, el siglo pasado —quiero decir, el siglo antes del anterior, todo esto de los milenios me está confundiendo—, aquí se construyó una casita de madera, a la que luego se le fueron haciendo añadidos de manera caprichosa a lo largo de los años. Eso explicaría el aspecto heterogéneo del lugar, con pequeñas habitaciones que dan a otras más grandes, y ventanas que dan a muros lisos, y techos bajos por todos los lados. Los suelos de pino tea le dan una nota náutica, al igual que mi silla giratoria con respaldo de listones. Me imagino a un viejo navegante dormitando junto al fuego, viviendo por fin en tierra, y la tormenta invernal haciendo vibrar los marcos de las ventanas. Quién pudiera ser él. Haber sido él.

Cuando estuve allí, hace todos esos años, en la época de los dioses, los Cedros era una casa de verano que se alquilaba por quincenas o por meses. Cada año, durante todo el mes de junio, un médico rico y su familia numerosa y escandalosa la infestaban —no nos gustaban las sonoras voces de los hijos del médico, se reían de nosotros y nos tiraban piedras protegidos por la infranqueable barrera de la verja—, y después de ellos llegaba una misteriosa pareja de mediana edad que no hablaba con nadie, y que, con

aspecto triste, en silencio, paseaban a su perro salchicha cada mañana a la misma hora por la calle de la Estación hasta la playa. Para nosotros, agosto era el mes más interesante en los Cedros. Era el mes en que los inquilinos eran diferentes cada año, gente que venía de Inglaterra o del Continente, alguna pareja de luna de miel a la que intentábamos espiar, y de vez en cuando una compañía de teatro itinerante que viajaba con todo el equipo, y que representaban alguna función vespertina en el cine del pueblo, de chapa. Y luego, aquel año, llegó la familia Grace.

Lo primero que vi de esa familia fue su coche, aparcado en la grava, traspasada la verja. Era un coche de techo bajo, un modelo negro abollado y lleno de arañazos con asientos de cuero beige y un enorme volante de madera con radios. Libros de cubiertas descoloridas y con las esquinas dobladas estaban tirados de cualquier manera sobre el estante que había bajo la ventanilla trasera, inclinada al estilo de los coches deportivos, y se veía un mapa turístico de Francia, muy usado. La puerta principal de la casa estaba abierta de par en par, y dentro, en el piso de abajo, pude oír voces, y desde el piso de arriba me llegó el ruido de unos pies descalzos correteando sobre las tablas del suelo y de una chica riendo. Me había parado junto a la verja, escuchando sin disimulo, y de repente un hombre con una copa en la mano salió de la casa. Era de baja estatura y con un cuerpo desproporcionado, todo hombros y pecho y una gran cabeza redonda, y el pelo, muy corto, lo tenía ondulado, negro y brillante, con prematuras mechas grises y una barba negra y puntiaguda también agrisada. Llevaba una camisa verde y holgada sin abotonar, pantalones caquis e iba descalzo. Estaba tan bronceado por el sol que la piel tenía un matiz morado. Me di cuenta de que incluso tenía los pies morados en el empeine; según mi experiencia, la mayoría de padres eran de un blanco de leche por debajo de la línea del cuello de la camisa. Dejó el vaso —ginebra de un azul suavísimo y cubitos y una rodaja de limón— formando un peligroso ángulo sobre el techo del coche y

abrió la puerta del copiloto y se inclinó para meter la cabeza y buscar algo bajo el salpicadero. En el piso de arriba de la casa, que no podía ver, la chica volvió a reír y soltó un grito medio desaforado, medio gorjeo de falso pánico, y de nuevo se volvió a oír el sonido de los pies que correteaban. Jugaban a perseguirse, ella y el otro sin voz. El hombre se enderezó y cogió el vaso de ginebra que tenía encima del techo y cerró de un golpe la portezuela. Fuera lo que fuera lo que había estado buscando, no lo había encontrado. Mientras regresaba a la casa me vio y me guiñó el ojo. No lo hizo al estilo habitual de los adultos, con esa mezcla de condescendencia y superioridad. No, fue un guiño de complicidad, masónico casi, como si ese momento que nosotros, dos desconocidos, habíamos compartido, aunque por fuera careciera de importancia, de contenido incluso, poseyera no obstante un significado. Sus ojos eran de un azul extraordinariamente claro y transparente. Volvió a entrar en la casa, comenzando a hablar incluso antes de haber cruzado el umbral.

—Maldita sea —dijo—, parece que se ha... —Y desapareció.

Me quedé un momento escrutando las ventanas del piso de arriba. No apareció ninguna cara.

Ése fue mi primer encuentro con los Grace: la voz de la chica bajando desde lo alto, el ruido de su correteo, y el hombre abajo guiñándome uno de sus ojos azules con ese aire desenfadado, íntimo y levemente satánico.

De nuevo me he sorprendido haciéndolo, ese silbido fino y frío que sale a través de los dientes de delante que he comenzado a emitir recientemente. *Diiid diiid diiid*, hace, como el taladro de un dentista. Mi padre solía emitir ese mismo silbido, ¿me estoy convirtiendo en él? En la habitación que hay al otro lado del pasillo, el coronel Blunden está oyendo la radio. Sus programas preferidos son las tertulias de la tarde, en las que airados oyentes llaman para quejarse de los políticos malvados y del precio de la bebida y otros asuntos perennemente irritantes. «Me hace compañía», dice

lacónico, y carraspea, con un aire un tanto avergonzado, mientras sus ojos protuberantes como huevos duros evitan los míos, aun cuando yo no le he reprochado nada. ¿Está echado en la cama mientras escucha? Se me hace difícil imaginármelo allí, con sus gruesos calcetines de lana color gris puestos, haciendo girar los dedos de los pies, sin la corbata y con el cuello de la camisa abierto y las manos entrelazadas detrás de ese cuello viejo y nervudo que tiene. Fuera de su habitación es un hombre vertical, desde las suelas de sus zapatos marrones y relucientes y muy remendados hasta la punta de su cráneo cónico. Cada sábado por la mañana va al barbero del pueblo a que le corte el pelo, corto atrás y en los lados, sin piedad, sólo se deja en lo alto una rígida cresta gris como de halcón. Le asoman las orejas, coriáceas y de lóbulos alargados; es como si las hubieran secado y ahumado. El blanco de los ojos también tiene un tono amarillento. Oigo el murmullo de las voces en la radio, pero no distingo lo que dicen. Podría volverme loco, aquí. *Diiid, diiid.*

Más tarde, ese mismo día, el día que llegaron los Grace, o al siguiente, o al siguiente, volví a ver el coche negro, lo reconocí enseguida a medida que pasaba brincando sobre el pequeño puente peraltado que cruzaba las vías del tren. Sigue ahí, ese puente, justo detrás de la estación. Sí, las cosas perduran, mientras la vida pasa. El coche estaba saliendo del pueblo en dirección a la ciudad, la llamaré Ballymore, a una docena de millas. La ciudad es Ballymore, este pueblo es Ballyless^[2], ridículo, quizá, pero me da igual. El hombre de la barba que me había guiñado el ojo iba al volante, diciendo algo y riendo, la cabeza echada para atrás. Junto a él iba sentada una mujer con el codo sobresaliendo de la ventanilla, la cabeza también hacia atrás, el pelo claro sacudido por las ráfagas del viento, sólo que ella no reía, sólo sonreía, ponía esa sonrisa que reservaba para él, escéptica, tolerante, lánguidamente divertida. Ella

llevaba una blusa blanca y gafas de sol con montura de plástico blanca y fumaba un cigarrillo. ¿Dónde estoy, acechando desde qué posición estratégica? No me veo. Al cabo de un momento habían desaparecido, la ostentosa parte posterior del coche doblando una curva de la carretera a toda velocidad entre un chorro de humo del tubo de escape. Las hierbas altas en el arcén, rubias como el pelo de la mujer, temblaron por un momento y regresaron a su anterior quietud onírica.

Bajé por Station Road en la vacuidad soleada de la tarde. La playa que quedaba al pie de la colina era un resplandor beige bajo el añil. En la orilla del mar todo son estrechas franjas horizontales, el mundo reducido a unas cuantas líneas largas y rectas que se aprietan entre el cielo y la tierra. Me acerqué a los Cedros con cautela. ¿Cómo es que de niño todo lo nuevo que llamaba mi atención poseía la aureola de lo misterioso, teniendo en cuenta que, según todas las autoridades, lo misterioso no es algo nuevo, sino algo ya conocido que regresa en una forma diferente, convertido en fantasma? De tantas cosas sin respuesta, ésta es la menos importante. Mientras me acercaba oí un chirrido reiterado, áspero. Un muchacho de mi edad estaba apoyado en la verja verde, los brazos colgando inertes del travesaño superior, impulsándose lentamente con un pie adelante y atrás en un cuarto de círculo sobre la gravilla. Tenía el mismo pelo pajizo de la mujer del coche y los inconfundibles ojos azules del hombre. Mientras yo pasaba lentamente a su lado, y de hecho quizá incluso me detenía, o más bien titubeaba, clavó la punta de su playera en la gravilla para que la verja dejara de oscilar y me miró con una expresión de hostil interrogación. Era la manera en que los niños siempre nos mirábamos por primera vez. Detrás de él pude ver toda la extensión del estrecho jardín que había en la parte de atrás de la casa, y que llegaba hasta la hilera de árboles en diagonal que circundaban la vía del tren —ahora ya han desaparecido, esos árboles, talados para dejar paso a bungalows de color pastel que parecen casas de

muñeca—, e incluso más allá, tierra adentro, la zona donde surgían los campos de labor y había vacas, y diminutos y brillantes estallidos de amarillo que eran matas de aulaga, y una solitaria y lejana aguja de iglesia, y luego el cielo, con las nubes blancas como volutas. De repente, y de manera sorprendente, el chaval me puso una mueca grotesca: bizqueó los ojos y dejó la lengua colgando sobre el labio inferior. Seguí andando, consciente de que sus ojos burlones me seguían.

Playera. Una palabra que ya no se oye, o rara, muy rara vez. Originalmente era calzado de marinero, y recibía su nombre de alguien^[3], si no recuerdo mal, y tenía algo que ver con los barcos. El coronel ha vuelto a ir al lavabo. Apuesto a que tiene problemas de próstata. Cuando pasa junto a mi puerta amortigua el paso, va de puntillas haciendo crujir el suelo, por respeto a los allegados. Nuestro gallardo coronel es de los que observan las normas.

Bajo por la calle de la Estación.

Entonces, cuando éramos jóvenes, gran parte de la vida era quietud, o eso parece ahora; una permanente quietud; una vigilancia. Esperábamos en nuestro mundo, aún no formado, escrutando el futuro igual que el muchacho y yo nos habíamos escrutado el uno al otro, como soldados en el frente, a la espera de lo que va a ocurrir. Al pie de la colina me detuve y me quedé allí y miré en tres direcciones, calle de la Estación abajo, calle de la Estación arriba, y en la otra dirección, hacia el cine de estaño y las pistas de tenis públicas. Nadie. La carretera que había más allá de las pistas de tenis se llamaba el camino del Acantilado, aunque cualquier acantilado que pudiera haber habido allí hacía tiempo que se lo había llevado la erosión. Se decía que allí mismo había una iglesia sumergida en el lecho arenoso del mar, intacta, con la campana y el campanario, que antaño estuvo en lo alto de un cabo que también había desaparecido, derribados por las furiosas olas una noche inmemorial de tempestad y terrible inundación. Ésas eran las historias que contaban los del pueblo, gente como Duignan el

lechero y el sordo Colfer, que se ganaba la vida vendiendo pelotas de golf que había recogido, para que los que estábamos de paso pensáramos que ese insulso y pequeño pueblo había sido antaño un lugar terrorífico. El pequeño cartel que había sobre el Café Playa, anunciando cigarrillos, Navy Cut, con una foto de un marinero barbudo dentro de un flotador, o un lazo de cuerda —¿lo era?—, chirriaba en la brisa marina sobre sus goznes oxidados por el salitre, un eco de la verja de los Cedros, sobre la cual, que yo supiera, aquel muchacho seguía balanceándose. Chirrían, esta verja presente, ese signo pretérito, hasta el día de hoy, hasta esta noche, en mis sueños. Sigo por la calle de la Playa. Casas, tiendas, dos hoteles —el Golf, el Beach—, una iglesia de granito, la tienda de comestibles-pub-oficina de correos de Myler, y luego el prado —el Prado— de chalets de madera, uno de los cuales fue nuestra residencia de vacaciones, la de mi padre, la de mi madre y mía.

Si la gente que iba en el coche eran sus padres, ¿habían dejado al muchacho solo en casa? ¿Y dónde estaba la chica, la chica que había leído?

El pasado late en mi interior como un segundo corazón.

El nombre del especialista era señor Todd^[4]. Esto sólo se puede considerar un chiste de mal gusto achacable a un destino políglota. Podría haber sido peor. Existe un nombre, De'Ath, con esa caprichosa mayúscula en medio y el apóstrofe apotropaico que no engaña a nadie. Este tal Todd se dirigía a Anna como señora Morden, pero a mí me llamaba Max. No tenía claro si me gustaba esa distinción, ni la grosera familiaridad de su tono. Su consulta, no, sus habitaciones, uno dice habitaciones, al igual que uno le llama señor y no doctor, a primera vista parecían un nido de águilas, aunque sólo estaban en la tercera planta. El edificio era nuevo, todo cristal y acero —incluso el hueco del ascensor era tubular, de cristal y acero, lo que sugería acertadamente el cilindro de una jeringa, a través del cual el ascensor subía y bajaba en medio de un zumbido, como un émbolo gigante que alternativamente se empuja y estira—,

y las dos paredes de su consultorio principal eran láminas de cristal cilindrado desde el suelo hasta el techo. Cuando nos hicieron entrar a Anna y a mí, me quedé cegado por el resplandor del sol de principio de otoño que atravesaba esos inmensos cristales. La recepcionista, una mancha rubia con bata de enfermera y unos zapatos cómodos que chirriaban —en una ocasión así, ¿quién se fijaría en la recepcionista?—, dejó el historial de Anna sobre el escritorio del señor Todd y se retiró con sus chirridos. El señor Todd nos invitó a sentarnos. No podía tolerar la idea de acomodarme en una silla, por lo que me acerqué hasta la pared de cristal y me quedé allí de pie, asomándome. Justo debajo de mí había un roble, o quizá era un haya, nunca he distinguido muy bien esos árboles caducifolios tan grandes, desde luego no era un olmo, pues están todos muertos, pero algo noble, de todos modos, el verde veraniego de su amplia copa apenas había sido plateado por el aliento del invierno. Relucían los techos de los coches. Una joven con un vestido oscuro cruzaba rápidamente el aparcamiento, e incluso a esa distancia podía oír el sonido metálico de sus tacones sobre el asfalto. Anna se reflejaba pálidamente en el cristal que tenía delante de mí, sentada muy recta sobre la silla metálica, en un perfil de tres cuartos, comportándose como la paciente modelo, una rodilla cruzada sobre la otra y las manos juntas sobre el muslo. El señor Todd se sentaba de lado ante su escritorio, hojeando los papeles del historial médico de Anna; la cartulina rosa pálido de la carpeta me recordó esas gélidas mañanas de verano en la escuela después de las vacaciones de verano, el tacto de los flamantes libros de texto y el olor de la tinta y de los lápices afilados, lleno de presagios. Cómo divaga la mente, incluso en las ocasiones más concentradas.

Aparté la mirada del cristal, el exterior se me hizo intolerable.

El señor Todd era un hombre corpulento, no alto ni pesado, sino muy ancho: daba la impresión de estar cuadrado. Cultivaba una actitud tranquilizadora y anticuada. Llevaba un traje de tweed con chaleco y leontina, y unos zapatos color castaño parecidos a los del

coronel Blunden. El pelo lo tenía engominado con un estilo de otras épocas, muy repeinado hacia atrás, y lucía un bigote hirsuto que le daba un aspecto malhumorado. Comprendí, con cierta inquietud, que a pesar de esos efectos calculadamente venerables no podía tener mucho más de cincuenta años. ¿Desde cuándo los médicos habían empezado a parecer más jóvenes que yo? Siguió escribiendo, ganando tiempo; no le culpaba, en su lugar, yo habría hecho lo mismo. Al final dejó la pluma sobre la mesa, pero no parecía muy dispuesto a hablar, y daba toda la impresión de no saber por dónde empezar ni cómo. En su vacilación había algo estudiado, algo teatral. También lo comprendo. Un médico ha de saber actuar tanto como curar. Anna se agitó impaciente en la silla.

—Y bien, doctor —dijo un poco demasiado fuerte, asumiendo el tono duro y vivo de las estrellas de cine de los años cuarenta—, ¿es la sentencia de muerte, o viviré?

La consulta estaba en silencio. Su ingeniosa salida, seguramente ensayada, cayó en saco roto. Sentí el impulso de precipitarme hacia ella y cogerla entre mis brazos, a la manera de los bomberos, y sacarla en volandas de allí. No me moví. El señor Todd la miró con un leve pánico de ojos muy abiertos, las cejas quedando a mitad de camino de la frente.

—Oh, todavía no vamos a dejarla marchar, señora Morden —dijo el médico, mostrando una terrible sonrisa de dientes grandes y grises—. No, desde luego que no.

Siguió otro intervalo de silencio. Anna tenía las manos en el regazo. Las miró, puso ceño, como si no las hubiera visto antes. Mi rodilla derecha se asustó y se puso a temblar.

El señor Todd emprendió una convincente disquisición, perfeccionada de tanto repetirla, acerca de algunos tratamientos prometedores, nuevos medicamentos, el poderoso arsenal de armas químicas que tenía a su disposición; tanto hubiera dado que hablara de pociones mágicas, el médico alquimista. Anna seguía mirándose las manos ceñuda; no estaba escuchando. Al final el médico calló y

se la quedó mirando con la misma expresión desesperada y leporina de antes, respirando sonoramente, los labios recogidos en una especie de expresión lasciva y mostrando de nuevo los dientes.

—Gracias —dijo ella educadamente con una voz que parecía proceder de muy lejos. Asintió para sí—. Sí —dijo desde un lugar aún más remoto—, gracias.

Tras esas palabras, como liberado, el señor Todd se dio una rápida palmada a las rodillas con las dos palmas, se puso en pie de un salto y casi nos llevó a empujones hasta la puerta. Cuando Anna hubo salido, se volvió hacia mí y me lanzó una animosa sonrisa de hombre a hombre, y un apretón de manos seco, enérgico y decidido, que estoy seguro que reserva para los cónyuges en momentos como ése.

El pasillo alfombrado amortiguó nuestras pisadas.

El ascensor, tras apretar el botón, bajó.

Salimos a la luz del día como si pisáramos un nuevo planeta en el que sólo viviéramos nosotros.

Al llegar a casa, nos quedamos un buen rato sentados fuera, en el coche, resistiéndonos a aventurarnos en lo conocido, sin decir nada, de repente desconocidos para nosotros mismos y para el otro. Anna miraba en dirección a la bahía, en cuyas aguas unos yates con las velas recogidas estaban clavados en el mar bajo un sol resplandeciente. Tenía la barriga hinchada, un bulto redondo y duro le apretaba la pretina de la falda. Había dicho que la gente creía que estaba embarazada —«¡a mi edad!»— y nos habíamos reído sin mirarnos. Las gaviotas que anidaban en nuestras chimeneas se habían ido todas al mar, o habían emigrado, o lo que hagan normalmente. Se habían pasado aquel deprimente verano dando vueltas todo el día sobre los tejados, mofándose de nuestros intentos de fingir que todo iba bien, que no pasaba nada, el mundo

sigue. Pero ahí estaba, acucillado en su regazo, el bulto que era el gran bebé De'Ath, floreciendo en su interior, esperando el momento.

Al final entramos, pues no había otro lugar al que ir. La brillante luz de mediodía se adentraba por la ventana de la cocina y todo tenía un resplandor vítreo, contrastado, como si yo examinara la habitación con la lente de una cámara. Había una sensación de incomodidad general, hermética, de que todos esos objetos cotidianos —los tarros de las estanterías, las cacerolas sobre los fogones, la tabla de cortar el pan con el cuchillo mellado— desviaban la mirada de nuestra presencia de repente intrusa y afligida allí en medio. Comprendí tristemente que así serían las cosas a partir de entonces, que allí donde Anna fuera le precedería el mudo repicar de la campana del leproso. *¡Qué buen aspecto tienes!, exclamarían, ¡vaya, nunca te había visto tan bien!* Y ella poniendo su brillante sonrisa, su cara de valor, pobre señorita Enloshuesos.

Se quedó en mitad del suelo con el abrigo y la bufanda puestos, las manos en las caderas, mirando a su alrededor con una expresión irritada. Seguía siendo guapa, los pómulos salidos, la piel translúcida, fina como el papel. Yo siempre admiré en particular su perfil ático, con la nariz formando una línea de marfil tallado cayendo en vertical desde la frente.

—¿Sabes lo que es? —dijo con amarga vehemencia—. Es inapropiado, eso es lo que es.

Aparté rápidamente la mirada por temor a que mis ojos me delataran; los ojos de uno son siempre los de otro, el enano loco y desesperado agazapado en el interior. Sabía a qué se refería. Era algo que no debía haberle ocurrido, que no debería habernos ocurrido. Nosotros no éramos de éstos. La desdicha, la enfermedad, la muerte prematura, esas cosas les pasan a la buena gente, a los humildes, a la sal de la tierra, no a Anna, ni a mí. En mitad del avance imperial que era nuestra vida juntos, un sonriente bribón había salido de la multitud que nos vitoreaba, y, esbozando una

parodia de una reverencia, le había entregado a mi trágica reina la orden de arresto.

Puso el hervidor al fuego y hurgó en un bolsillo de su abrigo hasta encontrar las gafas y se las puso, colocándose la cadena en la nuca. Comenzó a sollozar, puede que distraídamente, sin hacer ruido. Avancé torpemente hacia ella para abrazarla, pero ella reculó bruscamente.

—¡Por amor de Dios, no montes el número! —me soltó—. Después de todo, soy yo la que se está muriendo.

El hervidor comenzó a bullir y se apagó, y el agua que se agitaba en su interior se tranquilizó con un ruido malhumorado. Me quedé maravillado, y no por primera vez, ante la cruel complacencia de los objetos cotidianos. Pero no, ni cruel, ni complacencia, sólo indiferencia, ¿cómo iba a ser de otro modo? En lo sucesivo tendría que tratar a las cosas como son, no como me las imaginaba, pues ésta era una nueva versión de la realidad. Cogí la tetera y el té, e hicieron ruido, pues me temblaban las manos, pero ella dijo que no, había cambiado de opinión, era coñac lo que quería, coñac y un cigarrillo, ella no fumaba, y casi nunca bebía. Me lanzó la apagada mirada iracunda de un niño desafiante, quedándose junto a la mesa, con el abrigo puesto. Había dejado de llorar. Se quitó las gafas y las dejó caer. Quedaron colgándole de la cadena, bajo la garganta, y se frotó los ojos con la base de las manos. Encontré una botella de coñac, y temblando le serví una medida en un vaso, y el cuello de la botella y el borde del vaso castañetearon uno contra el otro como dientes. En la casa no había cigarrillos, ¿adónde iba a ir yo para conseguirlos? Dijo que no importaba, que tampoco quería fumar de verdad. El hervidor de acero resplandecía, y una lenta columna de vapor brotaba del pitorro, sugiriendo vagamente un genio y su lámpara. Oh, concédeme un deseo, sólo el más importante.

—Quítate al abrigo, al menos —dijo.

Pero ¿por qué al menos? Hay que ver cómo es el discurso humano.

Le di el vaso de coñac, pero se lo quedó en la mano, sin beberlo. La luz que llegaba de la ventana, a mi espalda, se reflejaba en las lentes de sus gafas, colgándole ante la clavícula, provocando el misterioso efecto de que tenía delante, bajo la barbilla, una miniatura de ella con la mirada gacha. De repente se le aflojó el cuerpo y se dejó caer pesadamente en una silla, extendiendo los brazos sobre la mesa, ante ella, en un extraño gesto de apariencia desesperada, como si le suplicara a otra persona invisible que sostuviera una opinión contraria. El vaso que tenía en la mano se volcó sobre la madera y derramó la mitad de su contenido. La contemplé impotente. Durante un vertiginoso segundo se apoderó de mí la idea de que ya nunca más sabría qué decirle, de que seguiríamos así, en esa penosa inexpresividad, hasta el final. Me incliné y le besé la pálida zona de la coronilla del tamaño de una moneda de seis peniques donde su pelo, oscuro, brotaba en espiral. Durante un momento levantó la cara hacia mí con una mirada de odio.

—Hueles a hospital —me dijo—. Y debería ser yo quien oliera.

Anna seguía sentada, erguida, a la mesa, sin mirarme, los brazos extendidos con las manos inertes, las palmas extendidas hacia arriba, como si esperara que algo le cayera dentro.

—¿Y bien? —dijo sin volverse—. ¿Qué hacemos ahora?

Ahí va el coronel, arrastrándose de vuelta a su habitación. Ha tenido una larga sesión en el retrete. Estranguria, bonita palabra. La mía es la única habitación de la casa que, tal como lo expresa la señorita Vavasour con un leve puchero recatado, es en suite. También tengo vistas, o las tendría de no ser por esos malditos bungalows que hay al final del jardín. Mi cama es sobrecogedora, una pieza majestuosa y elevada de estilo italiano digna de un dux, con el cabezal con volutas y pulido como un Stradivarius. Debo preguntarle a la señorita V. de dónde la sacó. Ésta debía de ser la

habitación principal cuando los Grace vivían aquí. En aquellos días yo nunca pasaba del piso de abajo, excepto en mis sueños.

Me acabo de fijar en la fecha de hoy. Ha pasado exactamente un año desde esa primera visita que Anna y yo nos vimos obligados a hacerle al señor Todd en sus habitaciones. Qué coincidencia. O a lo mejor no; ¿hay coincidencias en el reino de Plutón, entre las inmensidades inexploradas por las que vago perdido, como un Orfeo sin lira? ¡Doce meses, hay que ver! Debería haber llevado un diario. Mi diario del año de la peste.

Un sueño fue lo que me impulsó a venir aquí. En él yo caminaba solo por una carretera rural, eso era todo. Era invierno, al crepúsculo, o si no, se trataba de un extraño tipo de noche tenuemente radiante, la clase de noche que sólo existe en los sueños, y caía una nieve húmeda. Caminaba decididamente hacia alguna parte, al parecer volvía a casa, aunque no sabía cuál podía ser esa casa ni dónde estaba exactamente. A mi derecha había un espacio abierto, llano y homogéneo, sin casas ni chozas a la vista, y a mi izquierda se veía una ancha línea de árboles sombríamente amenazadores que flanqueaban la carretera. Las ramas no estaban desnudas a pesar de la estación, y las hojas gruesas y casi negras pendían en masa cargadas de una nieve que se había convertido en hielo suave y translúcido. Algo se había estropeado, un coche, no, una bicicleta, pues aunque tenía la edad que tengo ahora, también era un muchacho, un muchacho grande y torpe, sí, de camino a casa, debía de ir a casa, o a algún lugar que alguna vez hubiera sido mi casa, y que volvería a reconocer en cuanto llegara allí. Me quedaba un camino de horas, pero no me importaba, pues se trataba de un viaje de extraordinaria aunque inexplicable importancia, un viaje que debía emprender y completar. En mi interior estaba tranquilo, muy tranquilo, y seguro de mí, a pesar de no saber exactamente adónde iba, exceptuando que me iba a casa. Estaba solo en la carretera. La nieve que había ido cayendo lentamente todo el día no mostraba huellas de ningún tipo, ni de

neumático, bota o pezuña, pues nadie había pasado por allí ni nadie pasaría. Algo me ocurría en un pie, el izquierdo, debía de habérmelo lastimado, pero hacía mucho, pues no me dolía, aunque a cada paso tenía que describir una especie de incómodo semicírculo, lo que me entorpecía el andar, no de una manera importante pero sí incómoda. Sentía pena de mí mismo, es decir, el soñador que era yo sentía pena del yo soñado, ese pobre torpón que avanza intrépido por la nieve al caer el día con sólo la carretera delante de él y sin ninguna promesa de llegar.

Ése era todo el sueño. El viaje no acababa, yo no llegaba a ninguna parte, y no pasaba nada. Simplemente caminaba por esa senda, solo y obstinado, caminando sin parar entre la nieve y el ocaso invernal. Pero me desperté en medio de la negrura del alba no como solía hacerlo en aquellos días, con la sensación de haberme despojado de otra capa de piel durante la noche, sino con la convicción de haber alcanzado, o al menos iniciado, algo. Entonces, inmediatamente, y por primera vez en no sé cuánto tiempo, me acordé de Ballyless y de la casa de la calle de la Estación, y de los Grace, y de Chloe Grace, no se me ocurre por qué, y fue como si de pronto hubiera salido de la oscuridad y entrado en una mancha de sol pálida y empapada de sal. La soporté sólo un minuto, menos de un minuto, esa feliz luminosidad, pero me dijo qué tenía que hacer.

La vi por primera vez, a Chloe Grace, en la playa. Era un día luminoso entorpecido por el viento, y los Grace se habían instalado en un hueco poco profundo que el viento y las mareas habían excavado en las dunas, al que su presencia muy poco distinguida daba un aire de proscenio. Iban magníficamente equipados, con un descolorido trozo de tela de rayas tendido entre postes para protegerse de las frías brisas, sillas plegables y una mesita plegable, y una canasta de paja grande como una maletita que contenía

botellas y termos y latas con sandwiches y galletas; incluso tenían tazas de té de verdad, con platillos. Era una parte de la playa tácitamente reservada para los residentes del Hotel Golf, el césped del cual acababa justo detrás de las dunas, por lo que esa gente del pueblo, que se entrometía despreocupadamente, con su elegante mobiliario de playa y sus botellas de vino, recibían miradas indignadas, miradas de las que los Grace, si es que las percibían, hacían caso omiso. El señor Grace, Carlo Grace, papi, llevaba pantalones cortos, y un blazer de rayas sobre el pecho, pelado a excepción de dos grandes matas de tupidos rizos que tenía la forma de un par de alas en miniatura, extendidas y velludas. Nunca había visto, creo, ni he vuelto a ver desde entonces, a nadie tan fascinantemente peludo. Se cubría la cabeza con un sombrero de tela que parecía un cubo de niño para jugar en la arena vuelto del revés. Estaba sentado en una de las sillas plegables, con un periódico abierto delante, mientras que al mismo tiempo conseguía fumar un cigarrillo a pesar de las fuertes rachas de viento que llegaban desde el mar. El muchacho rubio, el que había visto apoyado en la verja —era Myles, también os puedo dar su nombre—, estaba acucillado a los pies del padre, hacía pucheros enfurruñado y escarbaba en la arena con un pecio pulido por el mar. Un poco por detrás de ellos, al abrigo de la pared que formaba la duna, una niña, o una joven, estaba arrodillada en la arena, envuelta con una gran toalla roja bajo la cual intentaba, muy enfadada, librarse de lo que resultaría ser un bañador mojado. Era marcadamente pálida y con una expresión llena de sentimiento, con la cara larga y delgada y el pelo muy negro y tupido. Observé que no dejaba de mirar, al parecer con un aire rencoroso, la nuca de Carlo Grace. También observé que Myles, el muchacho, vigilaba de soslayo, con la evidente esperanza, que yo compartía, de que a la chica se le cayera la toalla protectora. No era probable que fuera su hermana, entonces.

La señora Grace apareció en la orilla. Había estado en el mar, y llevaba un traje de baño negro, ajustado y de un brillo oscuro, como una piel de foca, y encima de él una especie de falda cruzada hecha de una tela diáfana, que se sujetaba en la cintura con un solo botón y se abría a cada paso que daba para revelar sus piernas bronceadas y bastante gruesas, aunque torneadas. Se detuvo delante de su marido y se empujó las gafas de sol de pasta blanca hacia el pelo y esperó durante el instante que él dejó pasar antes de bajar el periódico y levantar la vista hacia ella, alzando la mano que sostenía el cigarrillo y haciendo visera contra la luz avivada por la sal. Ella dijo algo y él ladeó la cabeza y se encogió de hombros, y sonrió, mostrando numerosos dientes pequeños, blancos y nivelados. La chica, detrás de él, aún debajo de la toalla, se deshizo del bañador que por fin había conseguido quitarse, y, dando la espalda, se sentó en la arena con las piernas flexionadas y con la toalla formó una tienda de campaña alrededor de sí misma y colocó la frente sobre las rodillas, y Myles adentró su palo en la arena con una fuerza decepcionada.

Ahí estaban, pues, los Grace: Carlo Grace y su esposa Constance, su hijo Myles, la niña o la joven que, estaba seguro, no era la chica que había oído reír en la casa ese primer día, con todas las cosas desperdigadas a su alrededor, sus sillas plegables y sus tazas de té y sus vasos de vino blanco, y la reveladora falda de Connie Grace y el gracioso sombrero y el periódico y el cigarrillo de su marido, y el palo de Myles, y el bañador de la chica, tirado allí donde lo había arrojado, inerte y acolchado y atascado en un borde húmedo con un fleco de arena, como algo arrojado y ahogado sacado del mar.

No sé cuánto tiempo había pasado Chloe de pie en la duna antes de saltar. Es posible que hubiera estado ahí todo el tiempo, observando cómo observaba yo a los demás. Primero fue una silueta, con el sol detrás de ella convirtiendo en reluciente casco su pelo muy corto. A continuación levantó los brazos y con las rodillas

apretadas saltó de la duna. El aire hizo que las perneras de sus pantalones cortos se hincharan un momento. Iba descalza, y aterrizó sobre los talones, levantando arena. La chica que había bajo la toalla —Rose, démosle también un nombre, pobre Rosie— soltó un breve chillido de temor. Chloe se tambaleó, los brazos aún levantados y los talones en la arena, y pareció que iba a caer o al menos a darse una buena culada, pero consiguió mantener el equilibrio, y sonrió de soslayo y maliciosamente a Rose, que tenía arena en los ojos y ponía cara de besugo y negaba con la cabeza y parpadeaba. «¡Chlo-e!», dijo la señora Grace, un gemido de reprobación, pero Chloe no le hizo caso y avanzó y se arrodilló en la arena al lado de su hermano e intentó arrebatarse el palo. Yo estaba echado boca abajo, sobre una toalla, con las mejillas apoyadas en las manos, fingiendo leer un libro. Chloe sabía que yo la estaba mirando y parecía no importarle. ¿Qué edad teníamos entonces, diez, once? Digamos que once, once está bien. Chloe tenía el pecho tan plano como el de Myles, y sus caderas no eran más anchas que las mías. Llevaba una camiseta blanca sobre sus pantalones cortos. Tenía el pelo casi blanco, descolorido por el sol. Myles, que había estado luchando por conservar su palito, por fin consiguió arrancarlo de manos de su hermana y le pegó en los nudillos y ella exclamó: «¡Au!», y le soltó un golpe en el esternón con su puño pequeño y puntiagudo.

—Escuchad este anuncio —dijo el padre a nadie en concreto, y lo leyó en voz alta del periódico, riendo—: *Se necesitan hurones vivos para vender persianas venecianas. Se exige carnet de coche. Mandar solicitud al apartado veintitrés.* —Volvió a reírse, y tosió, y al toser, rio—. ¡Hurones vivos! —gritó—. Por favor.

Qué apagado suena todo a la orilla del mar, apagado y sin embargo enfático, como el sonido de disparos oídos a lo lejos. Debe de ser el efecto amortiguador de tanta arena. Aunque no recuerdo haber oído nunca disparar un arma o armas de fuego.

La señora Grace se sirvió vino, lo probó, hizo una mueca, se sentó en una silla plegable y colocó una de sus robustas piernas sobre la otra, y su zapato playero quedó colgando. Rose se estaba vistiendo a tientos bajo la toalla. Ahora era Chloe la que se apretaba las rodillas contra el pecho (¿es algo que hacen todas las chicas, o hacían, al menos, sentarse formando una zeta que ha caído hacia delante?) y se sujetó los pies con las manos. Myles le clavó el palito en el costado.

—Papi —dijo Chloe con apática irritación—, dile que pare.

Su padre siguió leyendo. El zapato que Connie Grace tenía colgando se movía al compás de algún ritmo que le rondaba por la cabeza. La arena que tenía a mi alrededor, con aquel sol tan fuerte que le daba, emitía su olor misterioso, como a gato. En la bahía, un velero blanco temblequeaba a bandazos a sotavento, y por un segundo el mundo se inclinó. En la playa, a lo lejos, estaban llamando a alguien. Niños. Bañistas. Un perro de pelo hirsuto y anaranjado. La vela volvió a girar a barlovento y oí claramente, llegándome desde el agua, el vuelo y el chasquido de la tela. Entonces se paró la brisa y por un momento todo quedó en silencio.

Jugaban, Chloe, Myles y la señora Grace, los niños se lanzaban la pelota por encima de la cabeza de su madre y ella corría y saltaba para cogerla, casi siempre en vano. Cuando corre la falda se le hincha por detrás y no puedo apartar la mirada de ese tenso bulto negro del vértice invertido de su regazo. Salta, coge aire y suelta unos gritos sin aliento y ríe. Le saltan los pechos. Es una imagen casi alarmante. Una criatura que acarrea tantos montículos y bolas de carne no debería darse estos meneos, se hará daño por dentro, podría perjudicar algún trozo delicado de tejido adiposo y cartílago nacarado. Su marido ha bajado el periódico y también la mira, se pasa los dedos por la barba, bajo la barbilla, y sonrío fríamente, los labios retirados un poco de sus dientes finos y pequeños y las aletas de la nariz ensanchadas como las de un lobo, como si intentara captar su perfume. Se le ve excitado, divertido y un tanto

desdeñoso; es como si quisiera verla caer en la arena y hacerse daño; me imagino que le pego, le doy un puñetazo en el centro exacto de su pecho peludo igual que Chloe le ha dado un puñetazo a su hermano. Ya conozco a estas personas, soy uno de ellos. Y me he enamorado de la señora Grace.

Rose sale de la toalla, con una blusa roja y pantalones negros, como el ayudante de un mago aparece bajo la cama forrada de escarlata de un mago, y se esfuerza en no mirar hacia ninguna parte, sobre todo a la mujer y a los niños que juegan.

De repente, Chloe pierde interés en el juego y se da la vuelta y se deja caer en la arena. Qué bien he llegado a conocer sus repentinos cambios de humor, esos repentinos enfurruñamientos. Su madre la llama para que siga jugando con ellos, pero Chloe no contesta. Está echada, apoyada en un codo, de lado, con los tobillos cruzados, mirando hacia el mar, a mi espalda, con los ojos entrecerrados. Myles baila a lo chimpancé delante de ella, agitando las manos bajo los sobacos y farfullando. Ella finge no verle.

—Mocosa —dice la madre de su hija malcriada, casi con complacencia, y vuelve y se sienta en su silla.

La señora Grace está sin aliento, y se hincha la tersa ladera de su pecho, color arena. Levanta una mano para apartarse un pelo que se le ha quedado pegado a la frente mojada y fijo la mirada en la secreta sombra que hay bajo la axila, azul ciruela, el tono de mis húmedas fantasías en noches venideras. Chloe se enfurruña. Myles vuelve a escarbar violentamente en la arena con su palo. Su padre dobla el periódico y mira al cielo entrecerrando los ojos. Rose examina un botón flojo de su blusa. Las pequeñas olas se levantan y rompen, y el perro anaranjado ladra. Y mi vida ha cambiado para siempre.

Pero entonces, ¿en qué momento, de entre todos los momentos, nuestra vida no cambia completamente, totalmente, hasta el cambio más trascendental de todos?

Veraneábamos aquí cada año, mi padre, mi madre y yo. No lo habríamos expresado de este modo. *Veníamos aquí a pasar los veranos*, eso es lo que habríamos dicho. Qué difícil es hablar como yo hablaba entonces. Vinimos a pasar todos los veranos, durante muchos, muchos años, hasta que mi padre se fue a Inglaterra, como hacían los padres a veces en aquella época, y siguen haciendo, si a eso vamos. El chalet que alquilábamos era un poco menos que una maqueta de madera de una casa de tamaño natural. Tenía tres habitaciones, una salita en la parte de delante que también era cocina y dos diminutas habitaciones en la parte de atrás. No había cielo raso, sólo la parte inferior del tejado de cartón alquitranado. Las paredes estaban revestidas de una madera involuntariamente elegante, estrecha, biselada, que en días soleados olía a pintura y a savia de pino. Mi madre cocinaba en un fogón de parafina, cuyo diminuto agujero para meter el combustible me proporcionaba un placer oscuramente furtivo cuando me hacían limpiarlo, pues para la tarea utilizaba un delicado instrumento hecho de una tira de hojalata flexible y un rígido filamento de alambre que sobresalía en ángulo recto de la punta. Me pregunto dónde está ahora la pequeña cocina Primus, tan maciza y resistente. No había electricidad, y de noche nos alumbrábamos con una lámpara de aceite. Mi padre trabajaba en Ballymore y por las tardes venía en tren, mudo y furioso, acarreando la frustración de ese día como un equipaje apretado en su puño cerrado. ¿Qué hacía mi madre durante todo el día cuando él se iba y yo no estaba en casa? Me la imagino sentada a la mesa cubierta por el hule de esa casita de madera, una mano bajo la cabeza, alimentando sus desafecciones a medida que el largo día llega a su ocaso. Entonces aún era joven, los dos lo eran, mi padre y mi madre, desde luego más jóvenes de lo que yo soy ahora. Qué raro se me hace pensar eso. Todo el mundo parece más joven que yo, incluso los muertos. Los veo allí, a mis pobres padres, jugando a

que lo nuestro era un hogar en la infancia del mundo. Su infelicidad fue una de las constantes de mis primeros años, un zumbido agudo e incesante que apenas se podía oír. Yo no los odiaba. Los quería, probablemente. Sólo que se entrometían en mi camino, me impedían ver el futuro. Con el tiempo dejaría de verlos, se convertirían en mis padres transparentes.

Mi madre se bañaba al final de la playa, lejos de las miradas de las multitudes del hotel y de los ruidosos campamentos de los que venían a pasar el día. Allí lejos, más allá de donde comenzaba el campo de golf, había un banco de arena permanente un poco alejado de la orilla que formaba una laguna de poca profundidad cuando había la marea adecuada. En aquellas aguas que eran como una sopa se revolcaba con un placer mínimo, desconfiado, sin nadar, pues no sabía, sino que se extendía completamente sobre la superficie y caminaba por el fondo del mar con las manos, estirándose para mantener la boca por encima de las cabrillas que le llegaban. Llevaba un bañador de crimplene color rosa ratón, con un coqueto dobladillo que se extendía hasta justo debajo de la entrepierna. Su cara parecía desnuda e indefensa, con una expresión de dolor debida a la presión de la goma del gorro de baño. Mi padre era un buen nadador, y avanzaba con una especie de dificultoso movimiento horizontal de brazadas mecánicas y poniendo una mueca cuando sacaba la cabeza a un lado para respirar, con aquel ojo que aparecía de repente. Cuando acababa un largo se erguía, jadeando y escupiendo, el pelo aplastado y las orejas sobresaliéndole y con el bañador negro abultado, y se quedaba en pie con las manos en las caderas, contemplando los torpes esfuerzos de mi madre con una ligera sonrisa sardónica, vibrándole un músculo de la mandíbula. Salpicaba a mi madre echándole agua a la cara y la agarraba de las muñecas y caminando hacia atrás la arrastraba por el agua. Ella cerraba los ojos apretándolos y le chillaba, furiosa, que parara. Yo observaba esa tensa diversión en un paroxismo de disgusto. Al final la dejaba ir

y comenzaba conmigo, me ponía boca abajo, agarrándome por los tobillos, y me empujaba hacia delante al estilo carretilla por el borde del banco de arena y reía. Qué fuertes eran sus manos, como esposas de un hierro frío y maleable, aún siento su violenta presión. Era un hombre violento, un hombre de gestos violentos, de bromas violentas, pero también tímido, no es de extrañar que nos dejara, que tuviera que dejarnos. Tragué agua y me retorcí para liberarme en un estado de pánico y me puse en pie de un salto y me quedé de pie entre la espuma, con arcadas.

Chloe Grace y su hermano estaban de pie en la dura arena que había al borde del agua, mirando.

Llevaban pantalones cortos, como siempre, e iban descalzos. Me di cuenta de lo increíblemente parecidos que eran. Habían estado recogiendo conchas, que Chloe llevaba en un pañuelo anudado una esquina con otra para formar una bolsa. Se nos quedaron mirando sin expresión, como si fuéramos un espectáculo, un numerito cómico que se representaba para ellos y que no encontraban muy interesante, ni divertido, sino sólo curioso. Estoy seguro de que me sonrojé, a pesar de que era paliducho y tenía la piel de gallina, y de que no dejaba de pensar en el fino hilo de agua de mar que brotaba en un arco imparable de la caída parte delantera de mi bañador. De haber estado en mi poder, habría eliminado allí mismo a aquellos padres que me avergonzaban, les habría hecho estallar como las burbujas que traen las rociadas del mar, mi madre rolliza, menuda y de cara desnuda, y mi padre, cuyo cuerpo bien podría haber estado hecho de manteca. Una brisa azotó la playa y la cruzó inclinada bajo una espuma de arena seca, a continuación llegó al agua, cortando la superficie en pequeños fragmentos metálicos y agudos. Temblé, no por el frío que hacía entonces, sino como si algo me hubiera atravesado, silencioso, veloz, irresistible. La pareja que había en la orilla se volvió y se alejó en la dirección del carguero naufragado.

¿Fue ése el día en que me fijé en que Myles tenía los dedos de los pies palmeados?

En el piso de abajo, la señorita Vavasour está tocando el piano. Procura tocar las teclas con delicadeza, para que no la oigan. Le preocupa molestarme, enfrascado como estoy aquí arriba en mis labores inmensa e inimaginablemente importantes. Toca Chopin muy bien. Espero que no empiece con John Field, eso no podría soportarlo. Al principio intenté que se interesara por Fauré, sobre todo los últimos nocturnos, que admiro enormemente. Incluso le compré las partituras, que encargué en Londres, y me salieron bastante caras. Fui demasiado ambicioso. Dice que no consigue que sus dedos lleguen a las notas. Su mente, más bien, no le contesto. Traidores, pensamientos traidores. Me asombra que no se casara. Antaño fue hermosa, a su manera espiritual. Hoy en día tiene el pelo gris y largo —antes lo tenía muy negro—, recogido en un apretado lazo detrás de la cabeza y atravesado por dos alfileres grandes como agujas de hacer punto, en un estilo que me recuerda una casa de geishas —qué poco apropiado, por cierto—. El toque japonés prosigue con esa bata de seda con cinturón estilo kimono que lleva por la mañana, estampado con un motivo de pájaros de vivos colores y frondas de bambú. En otros momentos del día prefiere el más sensato tweed, pero a la hora de la cena puede que nos sorprenda, al coronel y a mí, acercándose a la mesa entre el susurro de un vestido de confección verde lima con una faja, o con una chaqueta torera escarlata estilo español y pantalones negros pitillo y relucientes zapatillas negras. Es una anciana elegante, y con callada excitación acusa mi mirada de aprobación.

Los Cedros no conserva casi nada del pasado, de la parte del pasado que yo conocí allí. Había esperado encontrar algo definido de los Grace, por pequeño o aparentemente insignificante que fuera, una foto descolorida, digamos, olvidada en un cajón, un mechón de pelo, incluso una horquilla alojada entre los tablones del suelo, pero no había nada, nada parecido. Y tampoco ningún ambiente

recordado que valga la pena mencionar. Supongo que el paso de tantos vivos —después de todo es una pensión— ha borrado todos los rastros de los muertos.

Con qué ferocidad sopla hoy el viento, golpeando con sus grandes puños suaves e ineficaces los cristales de la ventana. Es la clase de tiempo otoñal, tempestuoso y despejado, que siempre me ha encantado. El otoño me parece estimulante, al igual que se supone que la primavera lo es para los demás. El otoño es época de trabajar, en eso coincido con Pushkin. Oh, sí, Alexander y yo, los dos octubristas. Pero una renitencia general se ha apoderado de mí, algo de lo más antipushkiano, y no puedo trabajar. Pero no me levanto de la mesa, y muevo los párrafos como las fichas de un juego cuyas reglas he olvidado. La mesa es pequeña y alargada y tiene adosada un saliente muy poco de fiar; la señorita V. me la subió aquí en persona y me la presentó con cierta tímida intencionalidad. *Cruje, mesita de madera, cruje*. También está mi silla giratoria de capitán de barco, igual que la que tuve en algunos lugares alquilados en los que vivimos hace años, Anna y yo, incluso gruñe de la misma manera cuando me reclino hacia atrás. La obra en la que estoy supuestamente enfrascado es una monografía sobre Bonnard, un proyecto modesto en el que llevo atascado más años de los que puedo contar. Le considero un grandísimo pintor, y ya hace tiempo que comprendí que no tengo nada original que decir de él. Novias-en-el-baño, solía llamarlo Anna, con una risa socarrona. *Bonnard, Bonn'art, Bon'nargue*. No, no puedo seguir creando, sólo garabatear como ahora.

En cualquier caso, a lo que hago tampoco lo llamaría crear. Crear es un término demasiado grande, demasiado serio. Los creadores crean. Los grandes crean. En cuanto a los que somos medianías, no existe palabra que resulte lo bastante modesta para describir lo que hacemos y cómo lo hacemos. No acepto diletancia. Los diletantes son los aficionados, mientras que nosotros, la clase o género de la que hablo, no somos nada si no somos profesionales.

Fabricantes de papel pintado como Vuillard y Maurice Denis fueron tan diligentes —he aquí otra palabras clave— como su amigo Bonnard, pero la diligencia no es nunca suficiente. No somos gandules, no somos holgazanes. De hecho, somos frenéticamente enérgicos, a espasmos, pero estamos libres, fatalmente libres, de lo que podría denominarse la maldición de la perpetuación. Acabamos las cosas, mientras que para el creador de verdad, como el poeta Valéry, creo que fue él, afirmó, la obra nunca se acaba, sino que se abandona. Una hermosa viñeta del Musée du Luxemburg nos muestra a Bonnard con un amigo, era Vuillard, desde luego, si no me equivoco, al que manda distraer al guarda del museo mientras él abre su caja de pinturas y retoca un fragmento de un cuadro suyo que lleva años colgado allí. Los auténticos trabajadores mueren todos en medio de una zozobrosa frustración. ¡Tanto que hacer, tanto que queda sin hacer!

Au. De nuevo ese escozor. No puedo evitar preguntarme si es el presagio de algo serio. Las primeras señales de lo de Anna fueron de lo más sutiles. Este último año me he vuelto todo un experto en cuestiones médicas, y no es para sorprenderse. Por ejemplo, sé que el hormigueo en las extremidades es uno de los primeros síntomas de esclerosis múltiple. La sensación que tengo es de hormigueo, sólo que más aguda. Es una quemadura, o una serie de quemaduras, en el brazo, o en la nuca, o incluso una vez, de manera memorable, en la parte superior del nudillo del dedo gordo del pie derecho, que me hizo ponerme a saltar sobre una pierna por la habitación entre lastimeros mugidos de pesar. El dolor, o pinchazo, aunque breve, es a menudo intenso. Es como si me sometieran a una prueba de signos vitales; de signos de percepción; de signos de vida.

Anna solía reírse de mi actitud hipocondríaca. *Doctor Max*, me llamaba. *¿Cómo está hoy el doctor Max, no se encuentra muy bien?* Tenía razón, desde luego, siempre he sido un quejica, montando un número a la menor punzada o dolor.

Ahí está ese petirrojo, cada tarde llega volando de alguna parte y se posa en el acebo que hay junto al cobertizo del jardín. Observo que es aficionado a hacer las cosas de tres en tres, saltar de una ramilla superior a otra inferior y luego a otra inferior, donde se detiene y silba tres veces su nota aguda y enérgica. Todas las criaturas tienen sus hábitos. Del otro lado del jardín el gato picazo del vecino se acerca como una pantera, sigiloso, sin hacer ruido. Vigila, pajarito. Habría que cortar la hierba, una vez más será suficiente, por este año. Debería ofrecirme voluntario. Lo pienso y enseguida lo hago, en mangas de camisa y con unos pantalones arrugados, trastabillando tras la segadora empapado en sudor, con tallos de hierba en la boca y las moscas zumbando a mi alrededor. Es curioso lo a menudo que me veo estos días como de lejos, como si fuera otra persona y haciendo cosas que sólo otra persona haría. Cortar el césped, desde luego. El cobertizo, aunque en ruinas, es realmente bonito si lo miras con buenos ojos, el viento y la lluvia han dejado la madera de un gris plateado y sedoso, como el asa de un utensilio gastado, un azadón, pongamos, o una fiel hacha. El viejo Novias-en-el-baño habría captado exactamente la textura, el sereno matiz, el brillo. *Duuud diiid dii.*

Claire, mi hija, me ha escrito para preguntarme cómo me va. Nada bien, lamento decir, mi inteligente Clarinda, nada bien. No me llama porque le he advertido que no pienso contestar ninguna llamada, ni siquiera las tuyas. Tampoco es que haya ninguna llamada, pues sólo ella sabe adonde me he ido. Qué edad tiene ahora, veinteyalgo, no estoy seguro. Es muy inteligente, bastante intelectual. Aunque no guapa, eso lo admití hace mucho tiempo. No puedo fingir que no sea una decepción, pues esperaba que fuera otra Anna. Es demasiado alta y recia, tiene el pelo color ladrillo, áspero e indomable, y le cruza toda la cara, llena de pecas, de una manera que no le favorece nada, y cuando sonrío exhibe la encía de